

Clara González Freyre de Andrade

CLARAMORE

NOS RECORDARÁN

UNA MIRADA **LGTBIQ+** AL ARTE
DE TODOS LOS TIEMPOS



temas de hoy

Clara González Freyre de Andrade

CLARAMORE

NOS RECORDARÁN

**UNA MIRADA LGTBIQ+ AL ARTE
DE TODOS LOS TIEMPOS**



temas de hoy

© Clara González Freyre de Andrade, 2026
Corrección de estilo a cargo de Júlía Sala

© Editorial Planeta, s. A., 2026
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, s. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2026
ISBN: 979-13-87869-68-7
Depósito legal: B. 463-2026
Composición: Daniel Tudelilla
Impresión y encuadernación: Cachiman
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



VIDA



Alfred Douglas

TWO LOVES, 1892

El amor que no se atreve a decir su nombre

¿Alguna vez han negado tu identidad? ¿Te han acusado de ser como eres para sumarte a una supuesta moda? Sobra decir que nada de esto es cierto, pero voy más allá: las identidades y los deseos que reivindicamos bajo etiquetas modernas hunden sus raíces en tiempos remotos. Si hoy no son tan conocidos no es porque no existieran, sino porque la historiografía ha pasado de puntillas por ellos o, directamente, los ha expulsado del relato oficial. Rastrear la disidencia en la historia no es una tarea sencilla, pero sí posible. En el capítulo rojo —el color de la vida— no pretendo etiquetar el pasado con categorías contemporáneas, sino encontrar ejemplos de existencia que, a través de sus afectos y/o deseos, demuestran que no somos tan modernas como a veces creemos. Y, obviamente, vamos a explorar cómo todo ello se manifestó en el arte.





Te elegiría en todas mis vidas

¿Alguna vez te has preguntado cuál fue la primera representación artística que inmortalizó un beso gay? Lo sé, esto es empezar fuerte y lo es sobre todo porque sienta un precedente: plantea una cuestión que, como muchas de las que encontrarás en esta lectura, no admite una respuesta fija. Jamás podremos saberlo con certeza. Triste, pero cierto. Es mejor que te vayas acostumbrando, porque verás que es algo que suele ocurrir cuando nos enfrentamos al estudio de otras épocas. Afirmar categóricamente lo contrario supondría incurrir en el temido anacronismo, pero eso no quita que podamos proponer lecturas fundamentadas a partir de los datos de los que disponemos.

Aun sabiendo esto, durante mucho tiempo se consideró que la primera representación del afecto entre dos hombres formaba parte de un mural en una tumba del Antiguo Egipto, una imagen creada hace más de cuatro mil años. Estarás de acuerdo conmigo en que no es que este lugar sea el más romántico del mundo, pero la escena es de una ternura como ninguna encontrada hasta la fecha. En el mural de la mastaba de Niankhkhnum y Khnumhotep vemos a dos hombres que, mirándose frente a frente, se abrazan de manera afectuosa. Aunque no aparece un beso representado en el sentido moderno del término (vamos, que los labios de ambos no se juntan), algunos investigadores han señalado una posible alusión a este gesto en la forma que tienen de rozar sus narices. Un contacto íntimo y de absoluta afinidad entre ambos.

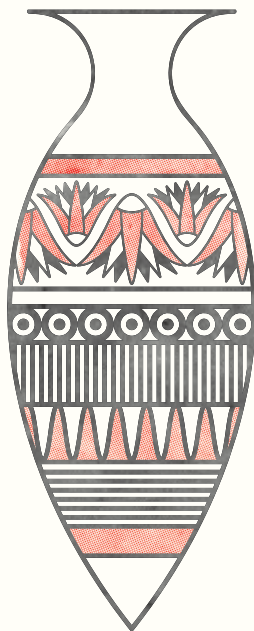
Este enterramiento, situado en Saqqara, la misma necrópolis donde se alza la pirámide escalonada de Zoser, fue descubierto en 1964. Desde el primer momento dejó a los investigadores sin palabras: por primera vez se habían topado con una mastaba



que servía como lugar de descanso eterno para dos hombres y que, además, habían decidido representarse a sí mismos en escenas de intimidad impensables hasta entonces, no una, sino varias veces a lo largo del conjunto.¹

Las inscripciones nos permiten saber datos interesantes sobre estos dos hombres. Primero, que ambos fueron funcionarios durante la v Dinastía, más concretamente durante el reinado del faraón Nyuserra (la mayoría de las fuentes lo sitúan entre el 2445 y el 2421 a.C.). Pero lo más llamativo es que ambos ostentaban los mismos títulos: confidente real, sacerdote del Templo Solar y supervisor de la Manicura Real. Esto descartó de un plumazo —haciendo doble uso de esta maravillosa palabra— la primera hipótesis que se planteó para explicar aquel enterramiento doble masculino: que uno fuera el esclavo del otro y hubiera sido enterrado junto a él para servirle en la otra vida. Al pertenecer ambos a la misma categoría, esta opción se volvía imposible. Pero, entonces, ¿estaban los arqueólogos ante una de las primeras parejas homosexuales de la historia? De confirmarse, esto alteraría mucho la noción que se tenía del Antiguo Egipto.

Como comentaba en la introducción (que espero que no te hayas saltado), afirmar categóricamente que estamos ante dos «desviados» sería caer en un error insalvable. Por desgracia, las cosas no son ni tan sencillas ni tan evidentes como a veces parecen en esta preciosa disciplina que es la historia. Para que nos entendamos, afirmar que los dos hombres que rozan sus narices con ternura en este relieve egipcio son indudablemente gais tiene exactamente la misma validez que viajar hasta Berlín y hacerte una foto con tu novio emulando el famoso mural del beso de tornillo por considerarlo «un icono homosexual». O sea, es un sí, pero no. En ambos casos, puedes leer las obras como emblemas disidentes, es correc-



to e incluso es probable que otras personas compartan esta lectura. Si por el contrario quieres hacerlo desde un punto de vista históricamente riguroso, la cosa se complica bastante.

El citado mural berlinés se conoce como *Dios mío, ayúdame a sobrevivir a este amor mortal* o *El beso fraterno*. Fue creado en los años noventa por el artista ruso Dmitri Vrúbel, y su significado original resulta más fácil de rastrear, ya que contamos con documentación al respecto. La obra toma como punto de partida el beso que el líder soviético Leonid Brézhnev y el dirigente de la Alemania Oriental, Erich Honecker, se dieron décadas antes y que la cámara del fotógrafo Régis Bossu inmortalizó en una imagen icónica. Así, este beso no sería un emblema gay como tal, sino que se trataría de un símbolo de hermanamiento político.

Puedes imaginar que, con lo rupturista que resultó el descubrimiento de la tumba de Niankhkhnum y Khnumhotep, las hipótesis en torno a su relación han sido de lo más variopintas. La mayoría se inclina por la posibilidad de que fueran hermanos gemelos, o incluso siameses; otros apuestan por la baza de que eran simplemente buenos amigos (todas las personas

del colectivo lo somos de nuestros novios/as). El caso es que uno de los argumentos más utilizados para descartar por completo una posible homosexualidad primigenia —siempre sin entenderla en un sentido moderno— es que en la misma mastaba aparecen representados junto a sus esposas e hijos. Resulta irónico porque, al menos a mí, este hecho me genera todavía más preguntas: si así fuera, ¿por qué entonces se eligieron el uno al otro como compañeros de viaje hacia su otra vida?

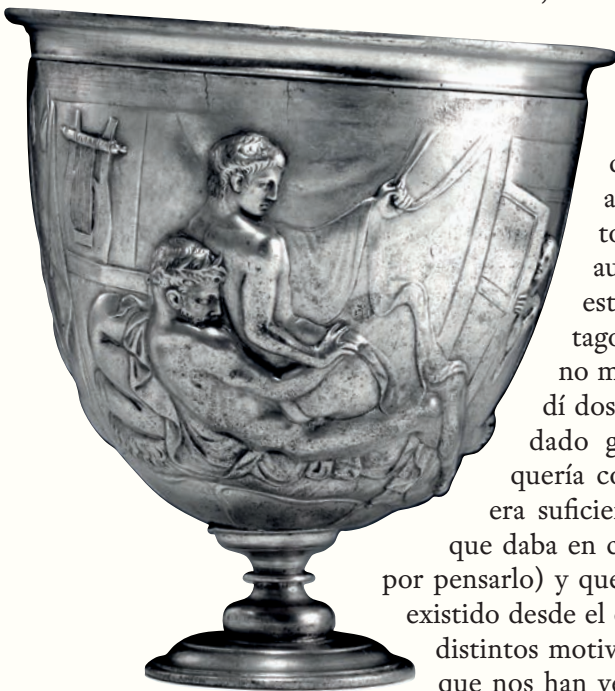
A lo que quiero llegar es a que todas estas teorías son tan válidas como aquellas que plantean que el vínculo entre ambos pudo trascender lo estrictamente amistoso, siempre teniendo en cuenta, claro está, las limitaciones de su época. No es una hipótesis que venga de la nada: existen fundamentos para así creerlo. Por ejemplo, el investigador independiente Greg Reeder toma como referencia, para sustentar la tesis del deseo entre iguales, las representaciones presentes en tumbas conyugales del Imperio Antiguo. Y si bien la expresión del afecto a través de un abrazo o del gesto de darse la mano que observamos en los relieves de Niankhkhnum y Khnumhotep es única para dos señores de la misma categoría social que comparten un enterramiento privado, sí aparece con frecuencia en tumbas compartidas por un marido y su mujer.²

Lo mismo ocurre con la escultura de Idet y Ruiu, una pieza de la Dinastía XVIII que muestra a dos mujeres sentadas y abrazadas. Aunque no se establece la relación entre ambas de forma «explícita» —ya sabes, con alguna inscripción de por medio—, la escena responde al mismo modelo visual con el que se solía representar a los matrimonios heterosexuales.

Los griegos y romanos no eran tan hetero como te contaron

La primera —y de momento única— vez que fui al British Museum, tuve sentimientos encontrados. Hay varios motivos por los que me siento incapaz de situarlo entre mis favoritos (ver a una señora toqueteando esculturas de hace milenios sin consecuencias, desde luego no ayudó). Pero, por una vez, voy a tratar de centrarme en lo positivo: reconozco que siempre me pone contenta poder ver en vivo y en directo piezas con las que llevo años obsesionada, que he estudiado en la carrera o que me he cruzado en algún que otro libro. Soy muy prodigal, sí, pero también soy muy consciente de que nada sustituye la experiencia de ir a una exposición y ver una obra físicamente, sobre todo por primera vez (aún más si está en tu lista de «cosas que ver antes de morir»). Y otra cosa no, pero el British tiene en su poder un buen puñado de este tipo de piezas: desde la *Piedra Rosetta*, que fue clave para descifrar los jeroglíficos egipcios, hasta los mármoles que decoraban el Partenón, tal vez la construcción más emblemática de la Acrópolis de Atenas. Sobre cómo han llegado hasta allí y la legitimidad de su pertenencia a los fondos del museo, hablamos mejor en otra ocasión. No quiero empezar este apartado enfadada.

El caso es que aquel día también me topé con un objeto que no conocía y que, para mi sorpresa, acabó llevándose toda mi atención. No imagines nada espectacular, al menos no a primera vista: no era más que una copa de plata, de dimensiones más bien discretas, cuyas asas no habían podido hacer frente al paso del tiempo. Te preguntarás qué tenía entonces de especial. Pues muy sencillo: toda su superficie estaba decorada por bellísimos relieves que, en lugar de cualquier otra escena doméstica o decorativa, representaban dos encuentros sexuales entre hombres. Así, como lo lees, sin posibles equívocos ni ambigüedades. Aquel día descubrí la existencia de la Copa Warren. ▼
¿Cómo no iba a quedarme impactada cuando tenía ante mis ojos un objeto fechado entre el 15 a.C. y el 15 d.C., explícitamente homoerótico?



A ver, entiendo que igual a ti este hallazgo no te resulta sorprendente, pero ponte en mi lugar. Yo solo era una chica que acababa de salir del armario hacía apenas un par de años. Fue todo un descubrimiento, aunque más lo habría sido si esta escena hubiera sido protagonizada por dos mujeres, no me oculto. Aquel día aprendí dos cosas que se me han quedado grabadas a fuego: que si quería conocer toda la historia no era suficiente con quedarme con lo que daba en clase (era yo un poco ilusa por pensarlo) y que el deseo entre iguales ha existido desde el origen de los tiempos. Por distintos motivos, pero es así. La imagen que nos han vendido de la homosexuali-

▼ El nombre de esta pieza viene del apellido del coleccionista que la tuvo en su poder: Edward Perry Warren, un famoso coleccionista que sintió especial afecto por ella. Tal vez porque vio reflejada en la obra su propia homosexualidad.

dad como una idea moderna —por mucho que su concepto lo sea— resulta más bien errónea.

Empecemos a comprobarlo por la que se considera la cuna de la civilización occidental. En la antigua Grecia, tener revolcones con otros hombres como los que aparecen en este relieve no solo estaba a la orden del día, sino que ocupaba un lugar específico dentro del entramado social. ▼ Conviene hacer aquí un apunte para evitar equívocos: el sexo entre varones era común, sí, pero dejando a un lado el chiste fácil que da nombre a este apartado, soy muy consciente (y tú también deberías serlo) de que eso no significa que quienes participaban en estas prácticas puedan ser calificados como homosexuales o bisexuales. Bueno, al menos no pensándolo en términos de identidad. Por muy chocante que nos parezca hoy, en esta sociedad entraban en juego otros factores a la hora de entender la sexualidad, mucho más determinantes que el género de sus participantes. Y aunque existían los encuentros con esclavos, para los griegos estas relaciones sexuales formaban parte de un ritual simbólico importante para los hombres: el del crecimiento, el paso de la adolescencia a la adultez.

Que dos varones se acostasen no

estaba mal visto, pero, ojo, eso no quiere decir que se pudiera hacer libremente y con cualquiera. Este tipo de relaciones solo eran aceptables entre un adulto y un joven (lo que hoy entenderíamos como un adolescente), entre un *erastés* y un *erómedes*. El primero se convertía en modelo cívico para el segundo: lo instruía (*paideia*), le daba dinero y otro tipo de obsequios, lo introducía en sus redes de contacto políticas y profesionales y, dependiendo de la zona, incluso le proporcionaba cierta formación militar. Ambos pasaban mucho tiempo juntos. Vamos, lo que viene siendo un *sugar daddy* de manual.

El cortejo entre ambos es un tema ampliamente representado en la cerámica griega, especialmente en aquellas provenientes de la zona del Ática. Aunque en el Museo Arqueológico Nacional, en Madrid, contamos con varios ejemplos (eso sí, en la cara B, por lo que son menos visibles en una visita general), el Louvre conserva un caso mucho más explícito: una *coupé* (o vaso) de figuras rojas atribuida al Pintor de Briseida, en cuya escena interior vemos un beso entre ambos personajes, distinguibles por la presencia (o no) de barba y por su altura. Estamos hablando de una obra de principios del siglo V a.C.

▼ Estamos generalizando, pero en realidad no existía un sistema sexual unitario para toda Grecia, sino que se desarrollaba por zonas. Aquí nos centramos en el modelo más conocido y el que ahora mismo nos interesa, el que se daba en Atenas.

